

El mundo del Libro

Escribe AGUSTIN RODRIGUEZ GARAVITO

AL VOLVER—Por José Bergamín—Ensayos—
(Biblioteca Breve)—Madrid, España.

José Bergamín, el gran escritor español, intemporal en su arte literario, metafísico a veces, erudito siempre, rastreador de los grandes espíritus de la España peregrina, dueño y señor de una prosa castellana, fina y transparente, nació en Madrid en 1895. Su primera juventud transcurrió en la ciudad del oso y el madroño, donde hizo su carrera universitaria y se inició en la que debía ser su vocación intransferible: la literatura. Pero no es la suya un arte menor, sino una sinfonía tan rica en matices, en ensoñaciones poéticas, que embelesa y enriquece el espíritu del hombre que verdaderamente ame lo original, lo trascendente y viviente del arte. No una forma menor de escribir, sino algo original, siempre dentro de profundas cavilaciones entre el sueño y la realidad. Bergamín empezó a escribir desde temprana edad. Sus primeros y breves ensayos los publicó en la Revista **Indice**, dirigida por Juan Ramón Jiménez, Alfonso Reyes y Enrique Díez Canedo. En dicha revista dirigió una colección de interesantes volúmenes, entre ellos, su primer libro "El cohete y la estrella".

Allá por los años 30 colaboró activísimamente en todas las revistas de España que trataban de ahondar en un mundo diferente a la España del siglo XIX y a sus poetas desmelenadamente románticos. Fundó la revista católica **Cruz y Raya**. Pero llegó la guerra civil española y, enemigo de la violencia, del derramamiento de sangre entre hermanos, pasada la contienda fratricida fundó y orientó la Editorial **Séneca**, en México, residió también en Caracas, en Montevideo y en París. Fruto de su admirable ingenio intelectual han sido más de diecisiete libros, algunos volúmenes de poesía rica en esencias y siete obras de teatro.

Meditaciones, cavilaciones, pensamientos de hondura de mina, hallazgos insospechados, riqueza del idioma, vena lírica selecta, sentencias y aforismos ricos en sabiduría, todo esto y mucho más encuentra el lector en José Bergamín, una gloria auténtica de las letras españolas. Su lectura es un deleite para los espíritus que ya se han despojado de vanas gloriolas y se acercan a la soledad y a su hermana gemela la muerte. "Al Volver" es un libro sencillamente maravilloso por la riqueza de temas y la profundidad marina de la pluma que maneja Bergamín.

"VIENTOS"—Por **Saint John Perse**—Traducción castellana de Jorge Zalamea—Talleres Semana Ltda.—Bogotá, Colombia.

No se crea que los Premios Nobel de Literatura los otorga la Academia de Suecia a "mediocridades coronadas". El hecho de que algunos escritores galardonados con el codiciado premio no sean de conocimiento del magro círculo de nuestros hombres de letras, e inclusive que no hayan sido vertidos al castellano, no les resta un ápice a su gloria.

En Saint John Perse se dieron cita todos los valores fundamentales del mundo y las raíces del hombre, peregrino atónito por este valle, cuyos enigmas se le escapan como el universo organizado a quien anda enredado en las madejas de la locura. Perse fue testigo excepcional de la miseria humana que solamente se conoce en su densa profundidad de sangre, en las guerras mundiales. Conoció la ocupación nazi de París. La soldadesca ebria que violaba las doncellas en flor. Los manuscritos de poemas tirados a la basura por "la invasión vertical de los bárbaros" de que hablara Walter Rathenau. El polvo sagrado de las catedrales góticas deshechas por el bombardeo, junto al cual iba a sollozar Charles Maurrás. Un París afrentado y envilecido por la bota del nacional-socialismo. Fue la última visión de su París amado, antes de partir al exilio en América.

Estas visiones transformaron al niño acunado en los brazos de una tierna doncella india que había visto dorarse las cúpulas de las grandes Pagodas, mientras el Ganges sacralizado, recibía las cenizas de los muertos y en sus aguas se bañaban los indios para purificarse del pecado, siempre al acecho con sus diabólicas tenazas. Perse se transformó en el escritor que encadenó el relámpago a la palabra escrita en una magia de alucinación. Preci-

samente porque la guerra, por dos veces, le mostró su rostro destrozado, tajado, macilento. Por eso su poesía es salmodiante y su voz tiene mucho de la antigua voz de los profetas. Va por el mundo, por América, enriqueciendo sus dones con la cornucopia dinámica del trópico. Sus mieles y sus hieles. Sus tempestades y sus taciturnos silencios. Sus viajes se transforman en elegías. En memorias que crucifican sus silencios. Y por eso exclama:

“Sobre demasiadas playas y visitadas fueron mis pasados lavados antes del día, sobre demasiados lechos desiertos fue mi alma entregada al cáncer del silencio”.
(Exilio).

Todo maldolor, angustia, desequilibrio síquico frente a un mundo caduco que se alimenta de sus propias ponzoñas. Este enfrentamiento y confrontamiento dieron nacimiento a sus espléndidos libros **Elogios**, 1911, y **Anabasis**, 1924. Y de regreso a la vieja y corroída Europa lleva ya madurados en sus graneros otros dos libros germinales: **Exilio**, 1942; **Vientos**, 1946.

El último libro de Perse “Vientos”, traducido admirablemente por Jorge Zalamea, es la superación de todo lo que se puede escribir sobre esa membrana pavorosa del viento. No la brisa tibia de un parque anglicano, sino el viento desnudo y terrible, que recorre los espacios con sus siete látigos de furia. Esos huracanes que van por todos los caminos barriendo de lodo y de hombres los sucios caminos de un planeta sin redención. El viento “sumo sacerdote”, como escribió un crítico a propósito de esta obra de Perse. El viento mitológico, ceñudo y duro profeta de desastres. Su paso, su cola furibunda, su terrible poder destructor. El viento que nos despoja y deja desnudos como en el primer día de la creación. Y el poeta exclama:

“Un hombre todavía se levanta en el viento. Palabra breve como chasquido de hueso. El pie ya en el ángulo de su carrera... ¡Ah, sí, todas las cosas violadas! ¡Que no lo digamos entre vivos! En los barrios bajos, sobre todo, la cosa es importante. Y vosotros ¿qué vais a hacer, hombres nuevos, con las pesadas trenzas desatadas en la frente de la hora repudiada?”.

¡Ah! la poesía de Perse. Cósmica, desolada y terrible. Pero también tiene un fondo de melancolía que nos reconcilia con la vida, como si, acodados en un ventanal campesino, viéramos

correr el viento entre la arboleda, caer la lluvia, y, en el fondo de la estancia, una aterciopelada voz de mujer que nos invita al festín donde prende, un momento, la bengala de la alegría.

BOLIVAR Y LA CARTA DE JAMAICA.

Qué duda cabe de que el Libertador Simón Bolívar, el Continentador, como solía llamarlo ese gran poeta católico uruguayo, José Gorosito Tanco, muerto tempranamente, es el pensador más universal que ha producido esta América, sumida en perplejidades, y muchas veces, enredada en cosas de poca monta. Simón Bolívar, tenía como cabeza un volcán de ideas, o una fragua luminosa. La Carta de Jamaica, firmada en Kingston, y dirigida a un ciudadano cuyo nombre no recogen los historiadores, acaso porque no era un ser real, sino la forma como el Libertador quiso expresar, en forma epistolar, sus ideas matrices sobre la emancipación y el futuro quehacer de estos pueblos, una vez liberados del yugo español, representa, esa Carta, el vértice, la cúpula dorada, una de las manifestaciones culminantes de su pensamiento. Bolívar veía lejos, como las águilas. Su forma de analizar hombres, hechos y de sembrar esperanzas, están, íntegras, en esa Carta. Precisamente cuando venían siguiéndolo los flacos y hambrientos perros de la derrota.

Claro que el Libertador era un exaltado. Nuestros modernísimos siquiátras y algunos caga-tintas, afirman que era un paranoico, un esquizofrénico. Cada quien muere envenenado con el tóxico de sus propias palabras, al decir de León Chestov en su magnífica obra "La filosofía de la tragedia".

La Carta de Jamaica fue escrita lejos del estruendo de las batallas, del fuego de los amigos o del yerto cálculo de sus enemigos que nunca perdonaron su grandeza. La grandeza de un solitario. Mira, con ojos nublados de apóstol esa América incógnita, ya convertida por él en un hecho histórico trascendental y definitivo. Sabe que la libertad, acaso llegue demasiado pronto para pueblos inmaduros. Criollos maliciosos, recomidos por la secreta envidia. Negros sollozantes de pena y de nostalgia. Mulatos, mestizos con sus tambores batientes, indios puros que esconden su dolor en lo profundo de las selvas. Intolerancia, agresividad, cálculo de muchos, teorías inútiles, todo eso y mucho más queda para siempre consignado en la Carta de Jamaica. Bc-

lívar entiende que es preciso alejar el rigorismo de la razón pura y darle paso a la intuición, para comprender lo que será el futuro de las naciones que comienzan a emerger de la acción de su espada sobre la cual vienen a reposar las águilas de la victoria.

No olvidemos, un momento, que Bolívar es el hombre de la esperanza, el caballero del ideal. Puro, acerado, de una ética insobornable, la Carta de Jamaica nos entrega todos sus sueños y cogitaciones. Labrada como una catedral gótica. Con sus vitrales, ojivas, minaretes, columnatas, la espiral infinita de su pensamiento. Piensa, con razón, que las naciones europeas no se han dado cuenta de la importancia de la libertad de América Hispana. Ni Francia, ni tampoco Inglaterra, ni los paraísos boreales, atienden su llamado. Inclusive piensa en poner estos pueblos una vez liberados "bajo los auspicios de una nación liberal que nos preste su protección". Pero no se trata del liberalismo como partido político, sino como concepto anti-feudal y aun anti-monárquico.

Quería la unión, hermoso sueño, de los países llamados "latinoamericanos". "Yo deseo más que otro alguno, afirma, ver formar en América la más grande nación del mundo por su extensión y riquezas que por su libertad y gloria". En ningún momento dejó de pensar ecuménicamente. De ahí la importancia capital que tiene para el mundo americano la Carta de Jamaica. No parece trazada por un derrotado, casi un proscrito. Sino por un vencedor que se sienta a la cabecera de la mesa con sus generales victoriosos, para trazar la organización civil de la nueva forma de vida de un Continente. Nada de lamentaciones. Agrios reproches, palabras ácidas. Bolívar es un árbol que convoca centellas. Y piensa como quien ya está al timón de una nave empavesada con las guirnaldas de la victoria.

En verdad, "Padre estás solo en tu noche de América", como tan hermosamente escribe en su poema José Umaña Bernal. Era un sueño demasiado bello para convertirse en realidad. Pero lo único digno de los grandes genios es soñar repúblicas ideales, como escribió Mauricio Barrés.

La Carta de Jamaica es un monumento de sabiduría. La madurez del fruto más alto en un árbol a cuya sombra llegamos siempre para defendernos de toda mezquindad humana, de las escorias de la tierra. Esta Carta debería ser de obligatorio estudio en todos los colegios y universidades de Colombia.

FILOSOFIA DEL DERECHO—Por Luis Fernando Gómez Duque—Universidad Externado de Colombia—Año 1980—537 páginas de lectura.

¡Qué hermosa es la filosofía del Derecho! Y cómo se estudia a fondo en nuestra vieja Universidad el Externado de Derecho, magistralmente rectorado por Fernando Hinestrosa Forero, heredero de nuestro maestro el doctor Ricardo Hinestrosa Daza, aquel varón plutarquiano que era una biblia abierta de conocimientos y unía la ciencia del Derecho con las otras ramas del saber humano en una gran sinfonía espiritual.

El Externado de Colombia siempre se ha preocupado porque abunde el material bibliográfico que es fruto de sus propios alumnos o de sus egresados más ilustres. La filosofía del Derecho, que nosotros la cursamos en primer año de Derecho, nos aclaraba y explicaba la importancia de la ciencia que íbamos a estudiar, y su eminente sentido espiritualista. Porque invita a la reflexión, a lo que representa el Derecho como ciencia, como relación entre los seres humanos. No es una ciencia utilitarista, no busca fines materialistas. Por el contrario eleva el espíritu a regiones superiores, nos hace ver el contenido eminentemente moral de una profesión que es una verdadera filosofía de la conducta humana del ser y del quehacer en nuestro mundo social. Verdaderamente un estudio de nobleza ejemplar, con riqueza intelectual y fines que enriquecen el alma. Luis Fernando Duque Ospina hace un análisis certero, hondo, responsable de la filosofía del Derecho, por lo cual merece el público reconocimiento de los profesionales en abogacía.

CONVERSACIONES CON JUAN RAMON—Por Ricardo Gullón—Editorial Taurus S. A.—Madrid, España.

Por este tiempo ha vuelto a hablarse y a escribirse sobre Juan Ramón Jiménez. El gran poeta español, que lo han despojado impunemente tanto poeta a media luz que logra una popularidad benevolente de los rotativos del Sur de América. Pero que es inimitable. Porque Juan Ramón, presintiéndolo, solo le dejó a sus epígonos sus defectos o su boceto en negro. Además, ejerció cátedra magistral en las universidades más importantes de América, y, desde Puerto Rico, fue precisamente una torre que atraía

magnéticamente a todos los escritores que se interesaban por un arte que él hizo eterno y que no pasará porque tiene perfil terco de eternidad.

Gullón conoció como pocos escritores a Juan Ramón. E intimó con él. Los juicios del maestro eran sápidos, originales, sin la piadosa entraña de una ternura de un romanticismo propicio a las lágrimas. Porque el poeta no hacía concesiones a la beocia, ni a sus plagiarios. El poeta vertía sus conceptos teniendo en cuenta únicamente la más profunda honradez mental. Hablaba con certeza de las cosas que formaron su mundo y trasmundo. Acerca del modernismo, escuela literaria que tuvo en Juan Ramón Jiménez, uno de sus maestros, hablaba con certeza, sin que torciera su pensamiento, su desasimiento de otras formas literarias irremediabilmente caducas.

Juan Ramón Jiménez era el maestro sin egoísmo. Tímido, reconcentrado, acérrimo enemigo de las figuraciones interesadas o de los fuegos fatuos atizados por él mismo. Creía en la sentencia de Kempis "lo que eres, eso eres". Lapidario y no obstante trémulo como una alta rosa que se mece desvelada para alimento del rocío y del pico del ruiseñor. Eran sus poemas casi ingravidos, pero tenían una densidad lírica que resultaba remedo en sus ávidos imitadores. Y su amor por Zenobia Camprubí, su esposa, ángel tutelar, estrella matutina detenida en el aire y rodeada de los perfumes de sus sonetos perfectos.

España tiene en Juan Ramón Jiménez, Premio Nobel de Literatura, una cimera figura de las letras. El largo olvido, con sus velos desflecados, no cubrirá jamás su nombre inmortal. Así lo afirmamos relejendo estas conversaciones del maestro con Ricardo Gullón, editadas hace tantos años y frescas como publicadas ayer. Tal el milagro de la verdadera poesía, tan esquiva y tan olvidada en estos tiempos de filisteos y corredores de bolsa.

GRANDES CIVILIZACIONES. CIVILIZACION ANDINA—Lo antiguo está presente—Textos de Roberto Magni y Enrico Guidani—Editorial Mas-Ivars—189 páginas—Fotografías en color.

Libro este de sumo interés, porque demuestra que América con su lento aire y su trabajo infatigable, sus ríos y caminos innumerables, el espinazo de los Andes, con sus duras y enigmá-

ticas culturas, forman un bloque monolítico del cual no tuvieron conocimiento cabal los reyes de España, ante cuya corte llegaban noticias contradictorias, pleitos entre conquistadores, quejas de frailes que defendían a los indios, una visión y versión curialesca, de un mundo mágico, que en las mesetas andinas nos dejó el testimonio energético de la civilización que abarca vastas regiones, que abarcan el Ecuador, parte de Colombia, la totalidad del Perú, Chile septentrional y desfallece en el infinito de la pampa argentina.

La civilización andina nunca pudo ser fluvial o marina. Se asentó en las mesetas. Allí donde la piedra buena ayuda al hombre para crear, levantar monumentos perdurables. En estas mesetas encuentran los arqueólogos precioso material para sus investigaciones. Los Andes tienen todos los climas y, por tanto, florecen los diversos tipos de cultura. Esto es natural. En una tierra paramuna, sin vertientes, sin la riqueza del trópico, la cultura tiene que ser monótona como una línea recta. Pero lo andino es la belleza esplendorosa. Desde las cuencas de los ríos, hasta el espinazo de los Andes, donde cuaja la nieve perfecta, aquella que es tan pura en la cordillera que atraviesa a Chile y cae en la Argentina, en azules transparencias.

Espléndidas las fotografías de este libro. Muy bien captados los sitios, los restos de la creación del hombre, violentamente despojado por los conquistadores. En verdad, este libro merece sitio de honor en toda biblioteca colombiana.

Temas: PENSAR EN COLOMBIA.

Nosotros creemos que la muerte del liberalismo económico, la nueva crisis del amor entre los seres humanos, la desvalorización de todo lo que era bello y movía al hombre a acometer portentosas hazañas, ha hecho crisis. De ahí nace esta confusión, esta angustia, la desesperación y la desesperanza. No podemos sustraernos a prestar el servicio civil que requiere Colombia, cuando naufraga entre tantos escollos y egoísmos. Cada quien tiene su lamparilla infernal prendida dentro del pecho. De ahí la insolidaridad nacional. Es un egoísmo turbio, sin medida, encallado en insignificancias. El amor que significa creación, desprendimiento, luz, se ha apagado ominosamente. Todo se ha convertido en el alarido de los apetitos personales. Y nos trituran los tres enemigos del alma: el demonio, el mundo y la carne.

Cada quien cultiva su ortigal de animadversiones y su gula ferozmente individualista. La comunidad no existe más que como una casa de valores de Bolsa. A la patria le pedimos todo y no le devolvemos nada en decencia, en trabajo, en el cumplimiento del deber. Se hace fraude a la ley. Se malversan los fondos públicos. Una corrupción tácita recorre como una viborilla el cuerpo de la sociedad. Se ha perdido la energía moral para las grandes causas del alma. Todo es superficial, farandulero, intrascendente. Nadie quiere ceder el sitio a los pocos varones probos que aún conserva la nación, casi como bienes ocultos.

La familia tiende a la disolución. El coloquio familiar se disipó. La televisión con muchos de sus programas conmovedoramente cursis gangrena la familia y no deja campo para el diálogo. Todos tenemos afán, urgencias y argucias. La liberación femenina, con naturales y honrosas excepciones, se ha convertido en la internacional de la pornografía. El cine nauseabundo, de escenas que debieran pertenecer a la intimidad de las parejas, se exhibe en las pantallas para que la juventud de ambos sexos penetre en ese mundo en rojo y negro, con todas sus morbosidades y excentricidades patológicas. No somos beatos, ni gasmoños, pero la mujer merece conservar su dignidad siquiera para ser el territorio amoroso de la conquista del hombre, con sed de infinito, con hambre de ternura.

Se requiere una vocación de servicio y un sentido del deber. A más derechos, debe corresponder mayor suma de deberes. De lo contrario la nación colombiana hace agua como los grandes barcos y se hunde definitivamente. "La vitrina de América" o "El Japón de Suramérica", fueron expresiones de primeros mandatarios y que se tradujeron en este triste espectáculo ferial, donde la conciencia es portátil como un acordeón y vivimos de insignificancias, mientras otras naciones avanzan, crecen, porque tienen ganas de ser y no de desaparecer.